

LA LLUVIA DE ENERO

a JUAN VILLORO

“VOLVEREMOS A encontrarnos”, era la frase que le rodaba sin control por la cabeza desde hacía días. Trataba de apartarla, como si fuera una de esas moscas siesteras que penetran en los cuartos con una velocidad de bala perdida, rebotando en las paredes. Hubiese querido que se le confundiera el origen, que la hubiera dicho alguna muchacha transparente y premonitoria o uno de esos amigos intensos y fugaces que a veces la buena suerte nos regala. Pero no recordamos únicamente lo que queremos sino, tal vez, lo que merecemos. “Volveremos a encontrarnos”, hacía treinta y tantos años que la había oído y le parecía una injusticia que precisamente ahora volviera tan fresca y tan dura como entonces. “¡Que se vaya al carajo!”, murmuró con desgano, aunque ya sabía que oíría de nuevo la voz nasal de José Asunción, que sentiría la polvareda en los ojos, que buscaría el frasquito de colirio que le preparaba el Dr. Méndez, que otra vez haría ese gesto que el sargento Gómez entendió perfectamente. “Es como sudar un recuerdo. ¡Que se vaya al carajo!”, volvió a decir con resignación rabiosa. Y entró en un benévolo duermevela que era como una gasa fina que lo aislaba del ruido de las chicharras, de la imagen del Sagrado Corazón que María le había colgado en la puerta para que la viera sin mover el cuello, de la sábana tibia que le cubría los pies, del libro de Blanco Fombona cuyo final lejano le parecía ya inalcanzable. Así todo era más llevadero, las imágenes bravas se ablandaban y se mezclaban, el último encuentro con José Asunción, la mesita de las medicinas al lado de la cama, la hora interminable en que tomó la decisión, las manchas de humedad en las paredes, la orden final al sargento Gómez y el imprevisto rostro de Carmen, la prima adorada de su niñez. Un desorden que era un consuelo, que acentuaba el irredimible caos del mundo y quizás nuestra esencial inocencia. Le parecía un abuso que a su edad tuviera que justificarse. Como si un cura testarudo y maligno se hubiera colado entre sus sueños y dolores. En cierto sentido tenía razón, nadie puede cargar con toda su vida. Es una insensatez querer defender cada uno de nuestros actos. El error, la limitación en el juicio, la omisión, definen sin remedio nuestra condición. Pensó vagamente, aunque con orgullo difuso, que ya nunca alcanzaría la paz. Se equivocó quien le dijo que la vez era el momento divino de la contemplación. Oyó el zumbido tenaz de un zancudo. La lámpara, pensó,

y estos jarabes dulzones que los atraen. “Que llueva fuerte, que yo oiga esas gotas gordas estallando en el patio”. Allí estaba tal vez el único reposo posible, en el rumor del agua o en la blanca luz de la primera mañana y no, por supuesto, en las frases pomposas y calculadas que le dedicaban los libros de texto oficiales. Hubiese querido saber cuál era su sitio exacto, qué es lo que en realidad había hecho, pero intuía, con un desasosiego incómodo, que ya no había tiempo para aclarar nada. Nunca había estado tantos días en una cama, ni siquiera cuando le atravesaron las tripas en esa pelea mal planeada que ahora didácticamente llaman ‘La Batalla de los Tres Ríos’. Se sentía perdido en ese colchón de noches nupciales, de amores sin palabras que más bien le recordaba aquella mesa plana en la que, hace mil años, lo operaron de la garganta en la clínica, la mejor del Puerto, del Doctor Córdoba. María le había arreglado un timbre que colgaba de la cabecera, una de las pocas cosas que le daban seguridad. Ya no creía en las medicinas ni en milagros repentinos, las tomaba para no deprimir a María y evitar discusiones vacuas. Anhelaba, en cambio, los opiáceos, esas ampollitas transparentes que en broma llamaba agua de cielo, porque decían que eran como veinte mil geishas que masajearan con yemas de dedos precisos cada una de sus células. No era la paz de la memoria, sino un mundo lateral que él asociaba con el limbo de los niños extraviados. Sabía que el cuerpo lo había abandonado y vivía, más que nunca, esa extraña independencia de sus pensamientos, como si nada tuvieran que ver con la barriga hinchada y las piernas delgadísimas. Se le ocurrió que el alma separada debía de ser un invento de los viejos. Siempre fue suelto al hablar, pero ahora le gustaba enumerar, sin ton ni son, malas palabras, entre cochinas y populares, “¡Que se vayan a la mierda!”, “Pendejo cagón”, “Maricones”, “Coños de su madre”, “Malditas putas” y su preferida, claro, “¡Que se vayan al carajo!”. Después Leonardo García Nieves sonreía, como si hubiera ordenado el universo.

Tocó el timbre y oyó el sonido estridente que regresa desde el rincón de la cocina y a lo largo del corredor que bordeaba el patio. Se imaginó las hortensias y pensó en la delicadeza de la flor y en la rusticidad de las macetas color terroso. También pensó que en la región la naturaleza siempre era más refinada que el trabajo de los hombres. “Pobre María, ya no le queda sino la floja de Valeria y esa niñita semiboba que la

ayuda. Estarán preparando el caldo de pollo". Recordó que su madre, tan asertiva en las cosas de la casa y tan callada en los asuntos mayores, repetía que la sopa debía tomarse hirviendo. No tenía el menor apetito y le molestaba de antemano el sudor que le vendría después de beber el caldo. Eran las siete de la noche, esa hora desmayada en que comenzaban a encenderse las luces. "Oye, María", le dijo cuando ella entró al cuarto con la bandeja tan ordenada, la sopera, el plato hondo, la servilleta enrollada, los cubiertos buenos, "Oye, María, si me levanto de esta cama te llevo a Tierra Santa". "Está bien, Leonardo, pero que no sea en Pascua, que el gentío me asusta". "A ti, flaca inmortal, no te asusta nada, ni los cochinos hambrientos ni la luz de la luna. Por eso te quedaste conmigo. Con un General desmigajado cuyas victorias se parecen mucho a las derrotas. Se acabaron las marchas, las reuniones con los turcos para conseguir parque, las salidas al amanecer con mis macheteros y soldaduchos descalzos. ¿Te acuerdas, por cierto, que el poeta Lozano me llamó 'el soldado de los pobres'? ¿Como si lo hubiéramos querido! No teníamos un centavo y les racionábamos el tabaco. Bueno, María, ese viaje te lo he anunciado no sé cuántas veces. ¿Ya no me crees?" No le mentía, si un ángel arrepentido y valiente lo rescatara, la llevaría a Jerusalem, en vapores cómodos, primero a Barcelona o Génova y luego hacia Palestina. La atendería como nunca había podido hacerlo, porque hay mujeres cuyo destino, parece, es sólo acompañarnos en nuestras desgracias. Pasearían por los puentes del barco y contemplarían el mar interminablemente. Sería un descanso purificador no ver un árbol, vegetación alguna, sólo el agua bienhechora. No ver un chino, un fusil, un loro. Estar con María en la proa del barco con el viento que corta las palabras y dejar que el lento cabeceo se asemeje a un sueño nuevo. No oír los pájaros chillones, no tener el vientre como un balón y el hígado destrozado. Bien vestido, con un panamá elegante y las piernas fuertes. "Sí, te creo, Leonardo, y a lo mejor te obligo a confesarte. Bueno, eso no lo sé, la verdad es que no me gustan mucho los hombres arrepentidos. Se vuelven blandos y como vacíos. Además sabes de sobra que yo no reniego de tu vida, llena de tiendas de campaña y de caminatas inútiles. Ya después vendrá la paz de la que tanto hablas. Tómate el caldo, que está perfumado y sin grasa. Y acuérdate de que me mareo en los barcos". "Tú no te mareas, muchacha, ni con tres vales al hilo". Siempre le gustó que le coqueteara un poco y sintió que se le nublaban los ojos, algo nuevo que desde hacía meses le ocurría con frecuencia. Como si le hubiera nacido una nueva sensibilidad para la bondad. "Me voy a morir llorando como un niño". Ignoraba que cada edad y cada estado nos revela el mundo de manera diferente. La vejez o la debilidad nos hace descubrir la inmensa fuerza que nos rodea, nos asombra la potencia de la voz, la enorme vitalidad desperdiciada en movimientos triviales, la energía necesaria para mover una silla o cerrar una puerta. Advertimos el tremendo gasto de fuerza que significa la vida. Es allí cuando apreciamos la planta que permanece verde, la flor

que lentamente se abre, la voracidad de la abeja. Vivimos las concesiones del afecto como si un poder ilimitado nos tomara en cuenta y se apiadara de nosotros. Miró el pelo de María, recogido en un moño que todavía era casi rubio. "Oye, María, tú sabes que ya no me acuerdo de la edad que tengo". "Bébetelo el caldo, frío sabe a piel de gallina". "Pero, en cambio, me viene a la memoria el miserable de Pacheco. Sí, el mismo. Inventó aquello, ¿te acuerdas? de que él era el redentor del mango, la fruta celestial que conquistaría los grandes mercados. Convenció al Coronel Díaz de que lo ayudara con los dueños de la tierra. La gente decía que en lugar de un mango le había regalado al Coronel una bailarina árabe, de las que mueven el ombligo. Y además logró que el Obispo Cardozo, aquél a quien se le atribuían unos sinuosos versos lascivos, bendijera, en el Puerto, la mata de mango que está en la casa del Benemérito. En la región dimos órdenes a los soldados de que no se metieran en eso. Un día me avisaron que en Puerto Naranjo me esperaba Pacheco. Me sorprendió su aspecto macilento, la barba de dos días. La guayabera manchada y, sobre todo, la voz, como apagada y rogándome. No me diga cuáles son sus ideas, no perdamos el tiempo, creo que las conozco y las respeto. Con eso es suficiente. Si no quieren ayudarnos, no lo hagan. Sólo les pido que me dejen mover, comprar como pueda, si me sale más caro, me salió más caro. Tal vez muy pronto seré yo quien le eche una mano. ¿Te das cuenta? Pacheco sabía que estábamos hasta el cogote del Coronel, el cual nos había llamado, en uno de sus brindis interminables, esos en que el zambo improvisaba coplas, nos había llamado, te digo, 'los defensores de los confines sagrados'. Cuando en realidad nos tenía acorralados en los rincones de la región para que disparáramos nuestros viejos rifles contra la Secta Unificadora, esa turba de iluminados que cruzaban el río con sus banderas amarillas. Peleábamos porque queríamos defender nuestros campos de girasoles, nuestros silencios, nuestros arpistas errantes. No queríamos que los santones y las proclamas mesiánicas asustaran a la gente nueva que llegaba. No sé qué decirte, en esa época veíamos la región como algo joven y delicado que había que cuidar. Ya no quiero más caldo, ya se enfrió. No, no me des más nada, sobre todo no quiero mascar. Todo se me vuelve una pelota en la boca y no lo puedo tragar. Yo fui un niño flaco y cuando tenía siete u ocho años no comía nada. Mi madre me ponía enfrente un plato de arroz y yo le decía que no lo comía porque no era chino. Si eran macarrones, le contestaba que tampoco, porque yo no era italiano. ¿Qué te parece? ¿Qué te contestaría ahora? Déjame conversar un rato, yo sé que son cosas viejas, sin mucha consecuencia, pero a ti te gustan, flaca, porque pasaron antes de que me conocieras. Bueno, mira, como al año o menos volvió Pacheco y nos dijo que las cosas no marchaban, que el Coronel Díaz vivía entre boleros gangosos y negritas de tetas duras, que le importaba un carajo el país, que estaba perdido en un mar de ron martiniqueño y que la gente sería ya no sabía qué hacer con él. Me aseguró, en su tono arrastrado y lánguido,

que traía lo suficiente para reclutar tropa y comprar armas. 'La región es la reserva de la Patria, con cinco mil hombres mandamos a ese borracho a una isla del Caribe'. Me tomaron prisionero y el General Vicuña, un viejo huesudo de bigotes blancos, a gritos me llamó traidor y me cruzó la cara con la única cachetada de mi vida. No te imaginas lo que es eso, María. En aquellos años se fusilaba poco, porque escaseaban los brazos y se pensaba, con una aritmética indecente, que quienes hoy estaban con unos mañana estarían con el contrario. Quizá fue eso o alguien intercedió por mí. El caso es que me encerraron en una cárcel del Puerto tres años. ¿Querrás creer que una vez me visitó Pacheco? Se plantó frente a las rejas y me soltó estas palabras: 'Coronel García Nieves, usted es un pendejo'. Si tuvieras curiosidad y buscaras los libros de texto de esos años leerías que a esa canallada la bautizaron como la "Batalla de la Pacificación" y explican que fue la dolorosa manera de doblar a los ensorberbecidos caudillos que buscaban la secesión. Curiosamente, de mí hablan como de un militar de escuela engañado por los civiles. Los miedos me querían guardar para el futuro'. Por un instante, un instante como un pozo, pensé en su padre, que se había jugado hasta la última casa heredada. Le sobrevino la certeza de que eran lo mismo, que la instrucción del cuartel había sido una disciplina superficial. Lo recordó en la mecadora, abanicándose con un billete de lotería. Se vio otra vez en aquel patio cuadrado y se sintió tristísimo, tal vez porque adivinaba que hay cambios que no significan nada, viajes aparentes en los que en realidad no nos hemos movido un centímetro. "Tenía razón Pacheco, fui un ingenuo. La región te despierta fantasías, te produce un estado adámico en el que te crees capaz de todo. Así es la cosa, María. ¿Quieres saber qué pasó con Teófilo y Nicomedes? Nada, absolutamente nada, los dejaron en paz, como en un aislamiento de zoológico. Nicomedes escribió un folleto que repartió entre los amigos y los escribas convencieron a Díaz de que, en efecto, era un pacificador. Entre nosotros la guerra es el mejor negocio y el que manejamos más o menos bien: permite el ascenso de los oficiales, la liquidación de los enemigos y es una fiesta para los proveedores. No me trataron mal en la cárcel. ¿Querrás creer que de vez en cuando me metían en la madrugada una negra en el calabozo? Ábreme la ventana, María, que no respiro bien. ¿Que ya están abiertas? Tráeme agua, entonces. ¿Te acuerdas de José Asunción? Eso fue después, en la época de Bermúdez. Sin que yo lo busque me anda rondando, un verdadero fastidio". Aunque fuera más fresca, detestaba la noche. Se le borraban las secuencias y el amanecer le parecía lejísimo. "Me quedo solo con la vacinilla", la cual, extrañamente, tenía una rosa pintada en el fondo. Orinar era un suplicio y al principio se moría de vergüenza cuando las gotas se le escurrían entre las piernas. Se sentía como un animal en un corral, acumulando porquerías. Le volteaban el colchón para dormir, pero a la hora estaba de nuevo caliente y él empotrado allí con apenas tres o cuatro movimientos posibles. No sabía cómo acomodar la cabeza y la dejaba, medio sen-

tado, colgando como una gallina quebrada. El tiempo era el verdadero problema. No se movía y parecía, entonces, como si el viejo General estuviera en un río sin corriente. Como si el tiempo se hubiese ido, sin dejar ninguna señal de su presencia, que es el cambio. El tiempo no estaba ya en el mundo externo, sino en el hígado, en el páncreas, en la vejiga, quién sabe dónde. Cuando sentía un vago alivio era como si un grano de arena se escurriera por el cristal angosto del reloj. Entendía, con horror, la imagen de la noche eterna. Por eso tenía que hablar y tener a María a su alrededor. La visita del Doctor la veía en otro siglo, cuando todo hubiese pasado. Nelson Griffith, un moreno trinitario de buenos modales aunque algo distante de sus pacientes, llegaba diariamente a las siete de la mañana y volvía a las seis de la tarde. "El gallo negro", lo llamaba Don Leonardo, quien hubiese querido tratarlo con cierta bondad mandona, a la manera de un subteniente suyo. Nelson Griffith había recogido aquí y allá pedazos de la historia del General sin curiosidad y sin interés apologetico. Pertenecía a otra generación y no había sido educado para admirar estas reliquias de las antiguas guerras. La región lo agobiaba con sus distancias despoñadas, con esa incansante y autónoma vida vegetal. Tenía, sin embargo, una gran piedad ante el dolor, al que veía como un enemigo personal. Sabía muy bien lo que padecía el General y no le escatimaba la morfina. Ahí estaba siempre puntual, con la camisa blanca impecable, los anteojos con aro de oro y el maletín inglés de cuero negro. Un flaquito un poco tieso, pero muy confiable. Le decía "Don Leonardo" en lugar de General, quizá porque la palabra tenía para él otras connotaciones más formales o a lo mejor porque le parecía una ironía vulgar llamar así a este enfermo arrinconado en el cuarto sin adornos de una casa con el patio lleno de cagadas de pájaros. Cada día lo encontraba más anhelante y sudoroso y cada día era más difícil agujerear esas venas delgadas y huidizas. No se lo confesaba Nelson Griffith, pero sentía un placer casi sexual si después de la inyección asomaba un esbozo de sonrisa en los claros ojos acuosos del General. A veces le dejaba unas revistas ilustradas y le decía "Don Leonardo, si se cansa, vea sólo las fotografías" y el viejo asentía, dispuesto ahora a consentir en todo aunque le importaran un diablo las imágenes de los atletas o de las niñas bonitas inalcanzables. Más bien le hubiera gustado contarle cosas suyas, divertirlo un poco, explicarle algunas de las historias célebres del país. Callaba, sin embargo, porque reconocía que el Doctor era un hombre esencialmente ajeno, que caminaba sobre la región como si pisara vidrio molido. "Don Leonardo, la próxima vez le traeré un específico para la garganta, no quiero que se le salgan los pulmones por la boca. Y en unos días le voy a instalar la bombona de oxígeno". "Le agradezco, Doctor, este aire empieza a estar muy grueso para mí". Le parecía divertido que Nelson Griffith nunca le preguntara nada sobre el sable apoyado en un rincón del cuarto. "El Doctorcito creará que es de juguete". Pero también se daba cuenta, por decirlo así, de la independencia de las vidas, hechas, salvo

epifanías redentoras, de cruces casuales. Leonardo García Nieves se refugió siempre en la amistad, asidero indispensable en su mundo de naufragios inminentes. Y aunque la amistad exige complicidades y tareas comunes, también es verdad que la guerra y la política son un veneno. Su hermano Eduardo, el rubio tranquilo de los juegos de adolescencia, se fue, sin aspavientos o grandes declaraciones, cuando le salió el primer bigote, con una seguridad que el viejo todavía admiraba. Se estableció en Barcelona, como si reconociera que había habido un equívoco fundamental en el lugar de su nacimiento. Escribió poco, para anunciar al primer hijo y, luego, envió unas cuantas tarjetas postales que Leonardo se quedaba viendo más tiempo de lo que merecen las malas fotografías. Pero tuvo a Baldomero, el que hacía favores sin anunciarlos, el que siempre lo acompañó, cuando los malos tiempos no se iban, en esas conversaciones tranquilas y eternas después de la siesta. ¿No fue acaso amigo de Laureano? El orador más centelleante de la región, una especie de látigo verbal contra aquel magma sombrío que venía de la Montaña. Laureano, quien no se dejó engañar por las apariencias torcidas y le puso a su disposición los interminables campos de flores. Y, por supuesto, también conoció la amistad de tronco joven del mulato José Asunción, de ojos grandes y un poco pasmados, el mismo que ahora no quiere irse de la cabeza. ¿Y María? Ella era, en las fatigas finales, la realidad, la representante del mundo entero, el posible diálogo, el testigo que daba sustento a la idea, cada vez más insalvable, de que había sido alguien. No un gran hombre, "en estas tierras sólo las palmeras son altas", sino un soldado perdido que, en ocasiones, se acercó a un inesperado heroísmo. María era la niña de dieciocho años que encontró una tarde de lluvia delgada en Puerto Naranjo cuando entró a comprar cigarros a la tienda del italiano Albertini, una mezcla muy limpia de ferretería y ultramarinos, con olores caseros y artesanales. La vio y se quedó indefenso, como si cambiara de geografía, como si en un charco de agua hallara una estatuita de oro. Así le pareció, con el pelo pajizo y los ojos de un celeste callado y comprensivo. "Una mujer para volver a casa rápido", pensó mientras ella lo sorprendía diciéndole "Aquí tiene el cambio, Coronel García Nieves". Ya no era el acento del inmigrante, sino el muy silabeado tono de la región, del que no se escapa ni un sonido. Lo recuerda todo, el anillito con un rubí en el meñique izquierdo, las uñas sin esmalte, largas y pulidas, la cadena al cuello con la imagen que, en otra tarde muy posterior, ella le explicó que era la de San Giovanni, también patrono de Florencia, el pequeño camafeo entre los botones de la blusa rosada, las pecas pálidas en los brazos, los pechos sólidos, rodeados de un silencio de cuarto oscuro. Recuerda que se preguntó de dónde había salido esa muchacha, lo cual en realidad expresaba su asombro de que Albertini, conocido como el "gordito", produjera una hija de estos esplendores. El secreto quizá no estaba al alcance de la mano, quedaba lejos, en Toscana, en las colinas del Vicchio del Mugello en esa mezcla antiquísima de señores duros y campesinos

infatigables. Nadie, salvo posiblemente Dios, es el creador solitario de nada ni de nadie. Albertini había venido con los otros inmigrantes en el tiempo en que la región decidió convertirse en una suerte de arcadia agrícola. Cuando más tarde las invasiones fronterizas arrastraron la utopía, cuando los cantos, las prédicas descabelladas y los fusiles de repetición hicieron huir a la mayoría, él quiso quedarse, tal vez por vergüenza de volver derrotado o porque se enamoró, como tantos, de la precariedad y del riesgo. La región, por lo demás, es engañosa: crea, en cuanto se acaban los tiros, una ilusión de renacimiento y de inmediato impone sus grandes ciclos naturales. Le prestó unos centavos Baldomero y organizó una tienda cuyo nombre, "La Eterna", era un desafío inocente. Viudo, se había enredado con una mulata achinada con la que dormía las horas letárgicas de la tarde y que lo dejaba hablar solo en italiano. Leonardo García Nieves supo en un segundo que esa mujer era suya y presintió que debería esperar mucho tiempo. Se despidió de Albertini, y con una voz insegura le dijo que mañana salía de la región, que se iba a la Costa a incorporarse a la tropa de Bermúdez, quien lo había llamado de nuevo una vez desterrado Díaz, ahora fugitivo en las Antillas, según la profecía de Pacheco y acompañado únicamente de su guardaespaldas, el Negro Elías. Bermúdez, en un gesto muy celebrado, le pasaba una pensión sólo a la barragana árabe.

El General Bermúdez, 'Don Gervasio', ha sido la cruz de nuestros historiadores. Liberal y conservador de acuerdo a las circunstancias, guerrero intuitivo y atropellado que de pronto se aquietaba en largas modorras cuyo origen algunos atribuían a ideas pacifistas y otros a una especie de incontrolable acidez, como si lo invadiera una enfermedad enigmática y personalísima. En cierta ocasión el Colegio de Historiadores lo llamó, en uno de sus boletines, "nuestro primer jefe laico, el indomable enemigo del obscurantismo" y Bermúdez, para sorpresa y susto de los escribas, ordenó cerrar el Colegio durante tres meses, una medida sin antecedentes desde la fundación de esa corporación que, en la opinión de muchos, es indispensable para ordenar la zigzagueante historia de la Patria. Nadie sabía con exactitud qué se proponía Bermúdez, si el control férreo desde la Ciudad Grande o el reconocimiento de una insuperable diversidad. ¿No había dicho, en un discurso mal visto por el Cuerpo Armado, que la Nación se compone de una multiplicidad de rostros y que él, como un buen padre, admitía los diferentes destinos de los hijos? Pero también había declarado que en una Patria inmensa y solitaria había que mantener una vértebra unificadora. ¿Mañas para mantenerse en el poder o un escepticismo desesperado? La convicción, tal vez, de que no había un espejo que reflejara la extensión de nuestros ríos y el imperio de nuestros soles. Era, en suma, como escribió después el tratadista Reigal, un espíritu justiciero sin una fórmula precisa. Cuando Bermúdez se encontró con Leonardo García Nieves, le dijo: "Las fronteras son las heridas de la Patria, por ahí se cuele el pus. Vamos a enfrentarnos, Coronel, a la mezcla de siempre: traficantes de armas, muchachos que

quieren adelantar la historia cien años, curitas en perpetuo éxtasis y los hacendados del otro lado que quieren robarnos unas cuantas sabanas de tierra negra. Ellos tienen mejores armas, pero nosotros sabemos pelear mejor". Ahora, en la cama empapada, Leonardo sólo podía imaginar trozos de esa campaña áspera y enervante. "Oye, María, ¿por qué no vienes? Te toqué el timbre dos veces. Siéntate allí, pero por favor no te muevas que me mareo. ¿Te acuerdas cuando me fui a 'La Campaña Victoriosa'? Pensaba en eso. Duró como tres meses y ahí fue, sí, ahí, donde perdí los dos dedos de la mano, me colgaban como dos bolsitas vacías. No, eso no fue lo peor. La desgracia mayor fue cuando me encontré a mi ayudante Homero bailando en un árbol con la lengua negra. El pobre había salido de reconocimiento o a visitar a alguna novia, una viuda muy rodada seguramente, porque él decía que no tenía tiempo de entrenar a nadie. Lo dejaron con una alpargata en el pie izquierdo y un papelito en el pecho que decía 'Bienvenido'. Era el que me preparaba el café por la mañana y a veces le permitía que me afeitara. No era mi amigo, sino mi compañero, una distinción que vale la pena, María. De noche no peleábamos, era imposible con la lluvia y la tierra floja. De noche hacíamos los planes para el día siguiente, limpiábamos las armas y yo me ponía a leer. No los comentarios de Napoleón, chiquita, sino *La Casa de la Troya* y *Gil Blas de Santillana*, dos libros que son lo contrario de la muerte que nos rodeaba. Bueno, en esa expedición conocí a José Asunción, con su piel de sarampión malo y capaz de reconstruirte, con el máximo detalle, las grandes batallas de la historia. Ni siquiera Bermúdez, tan vanidoso, chistaba cuando el mulato dibujaba un mapa. En nuestro país, María, las guerras no cambian nada. Limpiamos la frontera, es verdad, salvaguardamos unos cientos de quilómetros de territorio, impusimos el 'silencio del trabajo' como decía el catire Peláez, el orador oficial, muy necesario para espabilar a nuestros soldados narcotizados con las balas y la caña de setenta grados, pero al año todo volvía a comenzar. Se lo decía yo a Bermúdez y él, claro, no me quería oír. La campaña había sido victoriosa y al carajo. Ahora sí aprobaba lo que escribían los historiadores. En realidad, María, más que un ejército fuimos una gran policía ambulante. La Patria seguía moviéndose como ajena a nosotros. ¿Sabes lo que se me ocurre? Que lo peor de la vida militar es que uno se acostumbra a no convencer a nadie. Yo diría que esa es la maldición de las armas, mejor dicho, de la fuerza. Yo creo, María, que el acto más limpio de mi vida fue preguntarte, al regreso a Puerto Naranja, si querías casarte conmigo". Leonardo estaba seguro de que los amores de destino largo se reconocen de inmediato. Quizá tuviera razón, porque es cierto que todos los hombres apreciamos más los hallazgos instantáneos, como si eso fuese una prueba de que nos han elegido, de que alguien vela por nosotros. Los casó el Padre Careaga, un jovencito serio y limpio, como de colonia holandesa, que seguramente detestaba a los militares. Un matrimonio rápido que los dejó perplejos en la puerta de la iglesia blanca. Sin la sensación de haber cruzado

una raya fundamental de sus vidas. "María, ¿tú crees que no me di cuenta de cómo me miró el Doctor? Estoy invadido de imágenes, con una aceleración de postimerías. Yo no sé si hice bien en seguir apoyando a Bermúdez tanto tiempo. Me parece, sin embargo, que era lo mejor que había. Luego se volvió un poco loco y cuando incendió, como si tuviera una rabia inagotable, el pueblito de Santa Rosalía, lo abandoné y me vine a la región. Te cuento lo que ya sabes. No importa, tú óyeme. La historia es más amplia que nuestras voluntades. ¿Tú la entiendes, María? ¿Es posible no comprenderla y saber lo que fuimos nosotros, cada uno de nosotros? Yo me voy, María, en medio de una terrible obscuridad. Sólo tu cabeza rubia ha sido claridad. ¿Te digo una cosa? La agonía, sí, la agonía, María, no cambiamos las palabras, no es tan gélida como pensaba. La antigua imagen de la barca que se desliza a la otra orilla la expresa con mucha precisión y decoro. Lo que lamentas, te repito, es la confusión que dejas atrás, qué hiciste, por qué peleaste, qué defendiste. Yo siempre pensé en actos muy inmediatos. La vida militar, María, posee una velocidad que te exalta y te entontece. Te obliga a decisiones insensatas. Quisiera agonizar dos años más, para entenderlo todo. ¿O es otra ilusión? Tal vez la idea de que hay misterios y enredos es una excusa. Me parece que esta vez el negrito me drogó muy fuerte, tengo la cabeza en las nubes y como si no tuviera cuerpo, no me duele nada. Debe haber llovido, porque me llega un olor bueno. Aunque no oí los truenos. ¿Llovió, María? Lo que es inaceptable, carajo, es que no pueda quitarme de la cabeza a José Asunción. Dicen que tuvo una conversión, que unos santones del norte lo persuadieron de que la paz exigía nuestro aniquilamiento. Se equivocó el maricón. A lo mejor estaba cansado de no creer en nada, era un mulato desorientado que sólo sabía historia militar. Un alma abandonada, una mezcla torcida de tristeza y valentía. Los santones del norte ¡hazme el favor! Esos fueron, coños de su madre, sus verdaderos asesinos. Cuando me lo encontré ya no era José Asunción, se le habían alumbrado los ojos y ya tenía la vanidad del sacrificado. Tal vez por eso me dijo que volveríamos a encontrarnos. Una fuga era algo que ninguno de los dos hubiésemos aceptado. No me quedó otro remedio. Creo que en el fondo, María, nos traicionamos mutuamente".

Esa mañana el Doctor Griffith llegó más tarde. Le tocó la vena y le preguntó a María si ella se había dado cuenta cuándo murió. Según él había sido sobre las tres de la mañana. "Sí, a esa hora, cuando empezó a llover y él, ya más tranquilo, dejó de hablar de José Asunción. Un antiguo compañero de armas, Doctor, un viejo amor."

